

mente nuestra gran superioridad en la carrera de las armas, y á ellos soy deudor de los laureles con que os habéis complacido coronar mi frente». Al conducir á *Paddy* á la conquista del mundo, Inglaterra aseguraba á la vez su propia gloria y la tranquilidad en los miserables campos de Irlanda.

Muchas veces se ha fingido la reconciliación; se han hecho verdaderas concesiones sobre tal ó cual de las quejas de los oprimidos; pero la queja por excelencia subsiste irreparable: el pueblo de Erin es un pueblo conquistado; la tierra que labra sólo parcialmente le pertenece: los impuestos que paga, y que son pesadísimos y aumentan su pobreza, benefician principalmente á la aristocracia de los propietarios extranjeros y al gobierno opresor; hasta la lengua que habla en casi toda la extensión del territorio es la lengua del vencedor, porque la lengua indígena ha sido sistemáticamente desterrada de todas las escuelas, de todos los sitios públicos donde aparece el amo, y no ha podido conservarse más que en los distritos relativamente bárbaros donde han quedado casi nulas las comunicaciones con el mundo exterior. Actualmente el patriota irlandés reivindica, no solamente su derecho á la tierra, á la palabra y á la acción libres, sino que quiere también recuperar su lengua y estudia en el original la rica literatura de los abuelos. ¿Logrará remontar la pendiente que una opresión varias veces secular le ha forzado á descender? Sería un milagro de voluntad de que ningún otro pueblo ha dado ejemplo todavía. A lo menos el oprimido sujeta á su amo, y en tanto que no le haya devuelto su autonomía, mientras no haya recobrado su *home-rule*, la Gran Bretaña quedará privada de su libre iniciativa en la gran actividad mundial. Irlanda es el buitre que devora el cuerpo del Prometeo británico.

No reconciliada todavía con la población de la isla vecina, la Gran Bretaña procura formar una nación con sus «hijas», las colonias exparcidas por el mundo. Los patriotas ambicionan la unión de todos esos países en una estrecha federación constituyendo una «Bretaña mayor», tipo de nacionalidad como el mundo no ha visto aún y que al menos tendría la incontestable superioridad de reposar únicamente sobre la libre participación de las naciones interesadas.

La gran encina extendería su sombra sobre toda la tierra, arraigada en el suelo de los continentes y de las islas. Esta unión sería tanto más bella cuanto que sucedería á una verdadera independencia política de cada una de esas colonias alejadas de la metrópoli. Aunque todavía unidas de nombre á la potencia que las fundó, ni las provincias canadienses, ni las colonias de los mares australes son gobernadas por el Parlamento que se reúne en Westminster: en realidad, á pesar del nombre de colonias, son Estados independientes. La munificencia de Inglaterra, que deja con benévola gracia á algunas de sus posesiones el ejercicio de su autonomía, se ha considerado como efecto de una admirable prudencia política; más sencillo y verdadero sería reconocer el caso como testimonio de la necesidad de las cosas, porque el gobierno inglés no podría obrar de otro modo sin peligro de fracaso en que perdería el Canadá y los diversos Estados federados desde 1901 en una «commonwealth» australiana, como perdió las colonias americanas del litoral atlántico. Para permanecer en la verdad, basta alabar la prudencia de los hombres de Estado que han sabido conformarse tranquilamente con el destino. Una nación que sólo dispone de un corto ejército, nada puede contra otra nación moralmente unida, y que al privilegio de ser protegida por la enormidad de las distancias, junta el de poseer un territorio inmenso, grandes recursos locales y la conciencia de su fuerza.

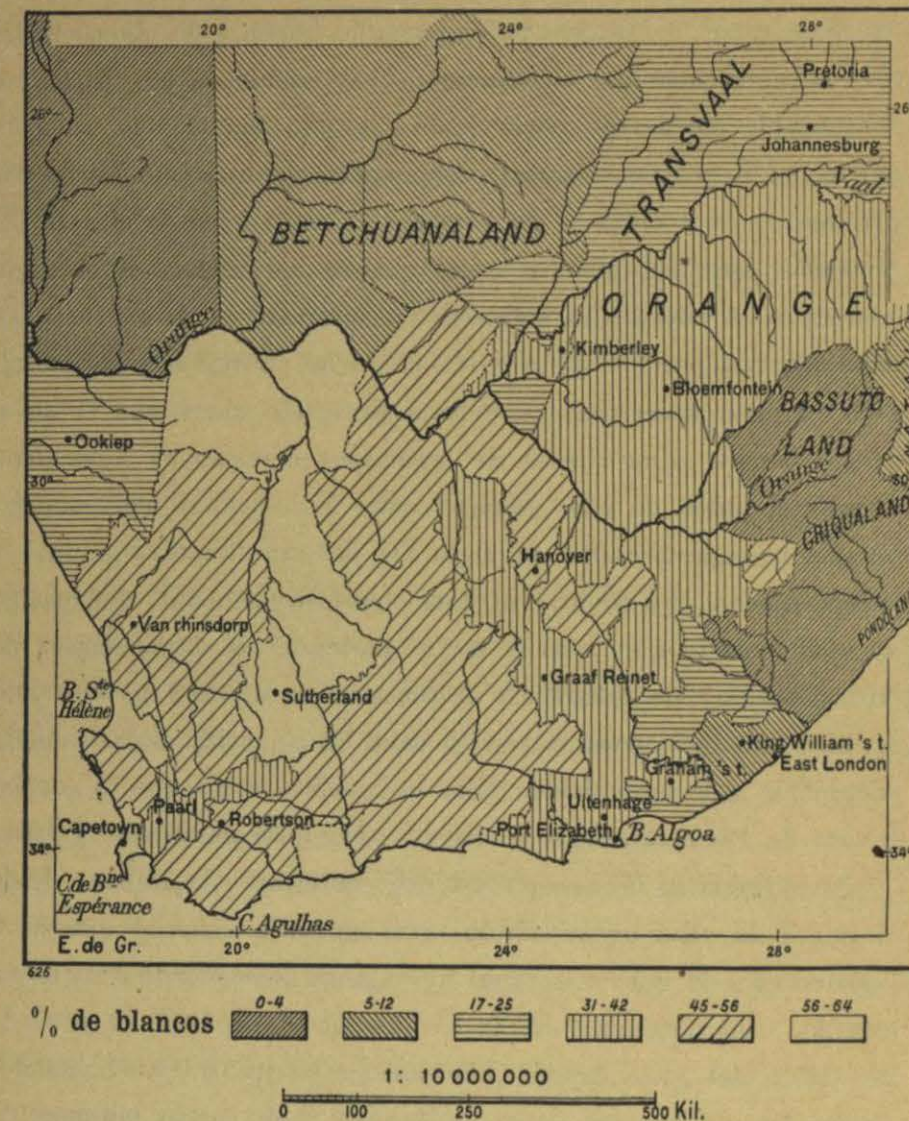
Las colonias poderosas son, pues, deudoras de su independencia á su propio valor moral. Se gobiernan por sí mismas porque pueden hacer frente á los erigidos en amos, pero emplean una singular cortesía en sus relaciones con la nación que ejerce el señorío feudal. Así, por ejemplo, cuando las diversas partes del Canadá se constituyeron en Estados, pidieron graciosamente á la reina Victoria que les indicara el sitio de su capital, y el lugar en que actualmente se eleva la ciudad de Ottawa les fué designado por un gesto real. Sin embargo, el inmenso territorio conocido desde entonces con el nombre de «Potencia» ó «Dominion», sólo depende de Inglaterra de una manera efectiva por el sostenimiento de dos pequeñas guarniciones, una sobre la orilla oriental, en Halifax, otra sobre la costa del Pacífico, en Esquimault; además un personaje decorativo repre-

senta Su Majestad el soberano cerca del Parlamento. En Australia, en la Nueva Zelanda, colonias casi completamente británicas por el origen de su población, la unión simpática con la madre patria es mucho menos cordial que en el Canadá, donde la vecindad de los Estados Unidos crea una situación especial, y las formas de la dominación inglesa pueden ser consideradas como puramente simbólicas.

Muy diferente es lo que sucede en las colonias del Africa meridional, donde, sin hablar de los Hindus y de los Chinos «ajustados» para el trabajo de las minas, el problema de las razas se presenta en toda su gravedad y la autonomía de las dos colonias del Cabo y de Natal reviste peligros especiales. En el inmenso territorio que se extiende desde el Cabo hasta la cuenca del Zambeze es la población algo más de un millón de habitantes y pertenecen á dos razas que separan algunos siglos de evolución divergente y el recuerdo de cien años de luchas y de daños causados recíprocamente: de un lado los descendientes de los colonos holandeses, Afrikanders y Boers, del otro los Ingleses y Escoceses de inmigración reciente. Los unos son campesinos y agricultores, los otros, atraídos por los yacimientos de oro y de diamantes, son mineros, industriales, comerciantes y constructores de ciudades; ninguna simpatía común — excepto el odio á los negros — une á esos trabajadores entremezclados por las necesidades de la vida. Al lado de ese millón de hombres, formando dos poblaciones de la misma importancia numérica, viven cinco ó seis millones de negros, Bantus inteligentes, que se han dado cuenta *de visu* de la fuerza y de la debilidad de sus dominadores. ¿Cómo no ha de desarrollarse en ellos la idea del «ethiopianismo», el Africa para las razas indígenas? Ese ideal, nacido entre los negros de los Estados Unidos, es insensato por el momento, pero, bajo formas nuevas, interesará á las generaciones venideras. Además, ¿qué tentación para los blancos, que poseen hoy la fuerza, explotar y asesinar á su antojo esos aborrecidos Cafres! Una iniciativa demasiado grande dejada á los colonos del Africa austral no dejaría de provocar injusticias más graves que aquellas de que los Ingleses se han hecho culpables respecto de los Boers. De hecho, el gobierno de la Gran Bretaña se ve obligado á entretener todavía una parte considerable de su ejér-

cito en Africa para vigilar á los Boers vencidos, á los Afrikanders con veleidades de independencia, á los Cafres oprimidos y asegurar

N.º 525. Composición étnica del Africa del Sud.



Las estadísticas dan la cifra global de los blancos nacidos en las colonias: sin diferencia: entre Afrikanders é Ingleses. Entre los inmigrantes blancos admira contar 21,000 Rusos en el Cabo y en el Transvaal.

Entre la población de color, son notables los Hotentotes; en número de 90,000, no forman más del 20 % de los habitantes que hay en los distritos de Vanrhyndorp (31,82 %), Sutherland, Ookiep (Namaqualand) y Hanover. Los Asiáticos (Hindus, Malayos, Chinos) son poco numerosos fuera de las ciudades del Cabo, de Port-Elizeth, Kimberley y Johannesburg.

la «paz británica», hasta contrariando á sus compatriotas. Estas colonias sud-africanas no representan, pues, para Inglaterra un

aumento de fuerza, antes por el contrario, amenazan convertirse en una nueva y lejana Irlanda.

Tomadas en su conjunto, las verdaderas colonias británicas, es decir, las comarcas de la Tierra donde se han establecido en permanencia y como dueñas unas poblaciones de origen y de idioma ingleses, no representan por el número de sus individuos una parte tan considerable del mundo como podría hacerlo suponer la atención que se les presta en la historia contemporánea; esas colonias apenas exceden de doce millones de hombres, y están lejos de alcanzar la centésima parte del género humano, pero aprovechan el prestigio que les da el valor de su comercio, la autoridad de su industria, su omnipresencia por los viajes y la solidaridad política con Inglaterra, que, en caso necesario, les hubiera protegido antes por el envío de sus barcos. Una especie de organismo nervioso ha aumentado además el valor de esas colonias entre las naciones del mundo: durante la segunda mitad del siglo XIX la Gran Bretaña, gradual y silenciosamente, ha unido á su flota otro instrumento de dominación mundial uniendo á su isla la mayor parte de sus dependencias de Africa, de Asia, de Australia y de América por una red de hilos submarinos que, recientemente aún, le daba las primicias de las noticias telegráficas y le subordinaba todos los pueblos á los que el conocimiento de los hechos lejanos llegaba antes desnaturalizado y falso.

Grandísima es la importancia del continente Australiano desde el punto de vista de su acción, y la potencia material que da á Inglaterra por la influencia moral que agrega en el mundo á la forma llamada «anglo-sajona» de la civilización. Australia es una de las ramas del gran trípode «británico» puesto sobre el mundo. Verdad es que por su escasa población, unos cuatro millones de hombres en 1905, no puede compararse con la Gran Bretaña y la América del Norte; pero ha de considerarse aquí, menos el número de los individuos que las dimensiones y la situación geográfica del territorio, su posición dominante en todo el mundo oceánico, en el centro del inmenso hemisferio de las costas continentales. Australia es, por la lengua y por el modo de cultura anglo-sajona, un centro de radiación, lo mismo que Inglaterra y que los Estados Unidos. Gracias á Australia y á Nueva Zelanda, viajeros ingleses que

parten de Liverpool ó de Southampton pueden emprender la circunnavegación de la Tierra no deteniéndose más que en puertos británicos: Capetown ó Aden, Melbourne ó Colombo, Durban ó Sydney, Port-Stanley (Falkland ó Malouines) ó Santa Elena, pudiendo imaginarse que el inglés es la lengua del género humano. Es una ilusión, mas por lo mismo es un peligro, pero aumenta su audacia.

Las dudas crueles y persistentes recientemente experimentadas por el gobierno inglés en su empresa sud-africana, le obligaron á volverse suplicante hacia sus colonias pidiéndoles un apoyo moral y hasta contingentes de tropas y material de guerra. Conmovidas por este llamamiento que establecía á los ojos del mundo su creciente importancia política, y seducidas en gran parte por la fascinación siempre poderosísima del patriotismo pan-británico, las colonias autónomas se apresuraron á responder favorablemente á las peticiones de la madre patria; sin embargo, faltó mucho para que igualaran proporcionalmente los sacrificios de la misma Inglaterra y de la colonia del Cabo, vecina inmediata del teatro de la guerra: además esos sacrificios no fueron gratuitos, porque la metrópoli hubo de comprarlos muy caros, primeramente por una alta paga — el sueldo del voluntario colonial es cinco veces más elevado que el del *Tommy* inglés —, después por privilegios comerciales y hasta por una participación directa en la gerencia de los intereses comunes.

Aunque al principio del siglo XX la población total de las seis<sup>1</sup> «colonias» que se administran por sí mismas, representa solamente la quinta parte de los Ingleses del mundo entero, aunque algunos de esos Estados emancipados sólo agrupan una ínfima población — 200,000 habitantes de Terra Nova, 60,000 blancos en Natal (1901) —, esta fracción relativamente mínima de la «mayor Bretaña» ha recibido su parte de atribución en el consejo de la gran asociación: Ottawa, Melbourne, Wellington, Capetown, Saint-John, Pietermaritzburg participan ya, mucho más de lo consignado oficialmente, del derecho de iniciativa con el gabinete de Saint-James y el parlamento de Westminster. Á la política inglesa sucede la acción pan-británica, más lenta, más compleja, no más especialmente europea, pero dirigida por intereses mundiales.

<sup>1</sup> Ocho, desde que se reconoció oficialmente la independencia al Transvaal y al Orange (1907).

Es natural que toda evolución histórica exceda su objeto: los personajes á quienes los acontecimientos han elevado como protagonistas del cambio, impulsados por la pasión de la idea que les anima, exageran su valor y tratan de hacer de ella una panacea para todos los males presentes y futuros. Pareció bueno y hasta indispensable, durante el período de ansiedad, recurrir á la colaboración de las colonias, y éstas, ganando diariamente en población y en recursos financieros y militares, prometiéronse para el porvenir una ayuda igualmente eficaz contra un poderoso rival, tal como Alemania, Rusia ó la República americana. Más aún: ¿no se podría preparar de antemano esta alianza ofensiva y defensiva en las relaciones comerciales esperando que pueda realizarse en los conflictos militares? Tal es el proyecto que los políticos han concebido y que parece haber seducido á los patriotas más ardientes. Pero esta idea, si hubiera de ser acogida por la Gran Bretaña y sus colonias, ¿no constituiría el más violento retroceso de toda la historia moderna de Inglaterra, una especie de traición hacia un pasado glorioso, el que había colocado á la nación inglesa en situación incomparable entre todas las de la Tierra como campeón de un movimiento de cambio, si no «libre», al menos libertado de muchas trabas y que confiere una especie de apostolado á los continuadores de la obra de Cobden? Verdad es que las colonias inglesas serían utilísimas asociadas en el comercio pan-británico; pero, por importantes que sean, no pueden tener la pretensión de igualar todo el resto del mundo.

Además, la tendencia natural de cada una de las colonias consiste en desarrollar su autonomía conforme á las condiciones especiales que le ha hecho su ambiente particular. La Tierra no se ha vuelto aún tan pequeña por efecto de la penetración mutua de las ideas y de los intereses para que el Canadá, el Cabo y la Australia, que se lanzan impetuosamente adelante en la vida, se sientan verdaderamente unas con su antigua madre de Europa: después de las demostraciones de amistad y de ternura, se prestan nuevamente á la tendencia natural que les inclina á seguir su propia vía, á desprenderse de su generadora. La unidad nacional entre metrópoli y colonias conservará todavía mucho tiempo su carácter religioso y tradicional, pero nada les impedirá afirmarse en manifestaciones di-

vergentes. Ya ha cambiado todo, y, cuando se ha atravesado el Atlántico ó el Pacífico, se reconoce fácilmente que «las Nuevas Inglaterras» apenas se parecen á la antigua.

N.º 526. Densidad de población de la Australasia.



1 : 60 000 000  
0 1000 2000 3000 Kil.

La densidad de población es casi inversamente proporcional á la dimensión de los cuadrados que cubren los territorios habitados; es decir, cada cuadrado representa de doce á quince mil habitantes.

La denominación Australasia comprende la Australia, la Nueva Zelanda, las islas Fidji, la Papuasía inglesa y las islas intermedias.

P. M. en Papuasía — Port-Moresby. Véase pag. 46.

Tomemos Australia como ejemplo; Australia, cuyo primer destino fué el de simple exutorio de las cárceles del Reino Unido. Cuando se hizo evidente que aquel lugar de deportación se convertía también en una colonia de población, la aristocracia inglesa, que hacía entonces la ley en el Parlamento británico, imaginó toda una

sabia diplomacia para que la New South Wales (Nueva Gales del Sud), la única colonia constituida en Estado en aquella época, quedase, como la madre patria, dividida en grandes territorios de los que los trabajadores agrícolas no podrían jamás ser propietarios. Comenzóse por hacer votar una ley que prohibiera la venta de la tierra por menos de un precio muy elevado, innaccesible á los inmigrantes pobres, y por otra parte, se fijó un máximo de salario. Sin embargo, si la compra del suelo era prohibida al proletario, debía ser facilitada á los concesionarios ricos y, para éstos, la compra fué reemplazada por licencias que les concedían el derecho de pasto sobre espacios enormes, de miles y de docenas de mil hectáreas, derecho que el uso transformó á la larga en feudo señorial. Se esperaba de ese modo que el trabajo forzado de los convictos se conservaría bajo otra forma y que peones mal pagados, excluidos del número de los propietarios, continuarían de siglo en siglo una apropiación análoga á la de los campesinos ingleses sobre las tierras no enajenables de los feudos. Además, el régimen feudal debía conservarse para la servidumbre de los indígenas, que los colonos propietarios podían hacerse «asignar», es decir, atribuirse como esclavos temporales por medio de una simple petición redactada y firmada por ellos mismos, sin examen ni comprobación judicial<sup>1</sup>.

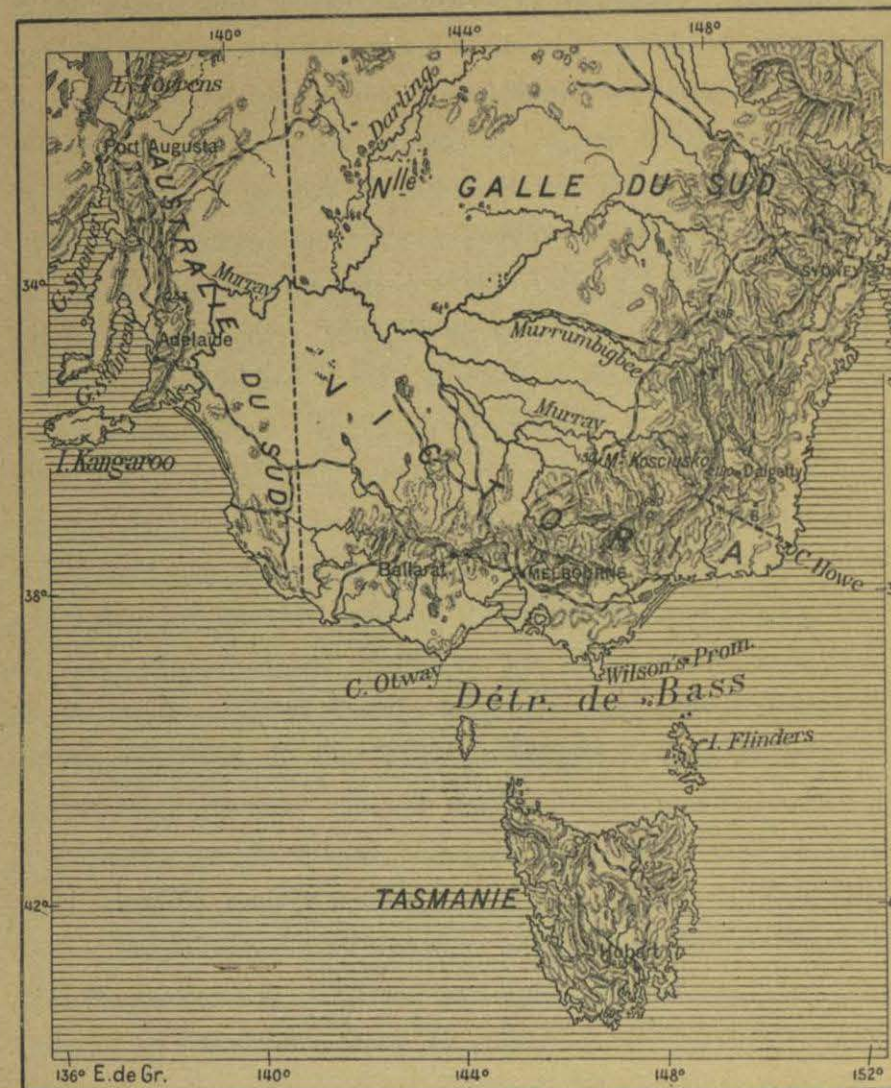
El descubrimiento de las minas de oro, después el flujo rápido de la inmigración europea y de bruscas revoluciones económicas desarreglaron tan bellos planes, sin derribarlos, no obstante, y, al menos, la aristocracia territorial obtuvo el resultado de que no exista clase campesina en Australia. Tampoco hay hortelanos, si no es alrededor de las ciudades, donde algunos Chinos producen legumbres para el consumo local, y en el Estado de Victoria, donde los suburbios de Melbourne se han convertido en una gran huerta.

Ese régimen de la propiedad en las tierras de Australia es una de las razones por que la población se ha hecho casi exclusivamente urbana: hay ciudad, como la de Melbourne, que contiene cerca de la mitad de todos los habitantes de la colonia de que es capital. Pero si los grandes propietarios de Australia han conseguido con-

<sup>1</sup> J. B. Gribble, *Pall-Mall Gazette*, 5 Agosto 1886.

servar el pleno dominio del territorio y prohibirle á los trabajadores como domicilio permanente, éstos, esquiladores de ovejas y

N.º 527. Desde Adelaida á Sydney.



1: 12 000 000

0 100 300 600 Kil.

Según los términos del acta de unión (1901), la capital de la Federación australiana debe hallarse sobre el territorio de la Nueva Gales del Sud, en la proximidad de la frontera de Victoria. Después de haber rechazado Tumut (T.) y Bomballo (B.), la elección de los Estados ha recaído en Dalgetty. Provisionalmente la residencia del gobierno federado es Melbourne.

otros, deben á su género de vida costumbres casi comunistas, que, en una lucha social, podrían darles una fuerza irresistible contra los

especuladores sobre el trabajo. Obligados en la temporada del esquileo á salir de las ciudades en multitudes y á viajar rápidamente hacia los pastos lejanos, han debido asociarse para asegurar en el camino el suministro de víveres. En el sitio mismo de su tarea regular se albergan en largas y altas cabañas donde se cuelgan tres filas de camas como alrededor del entrepuente de un buque, y sus comidas se hacen siempre en común. No se sientan jamás á la mesa sin mirar si afuera hay viajeros á la vista y al alcance de la voz para participar de la comida, y aunque no vean á nadie dicen en alta voz: «*Any travellers about? Come on, mates*»<sup>1</sup>.

Los habitantes de la colonia de Victoria, al sudeste del continente australiano, se han considerado, con buen derecho, como en posesión de un rango sociológico más elevado que los otros inmigrantes de la Australia, porque el régimen de la servidumbre penitenciaria apenas había tocado al país, y casi toda la población se componía de buscadores de oro, llenos de audacia, que contaba en su seno gran número de emigrados políticos, desterrados de Europa á causa de su mismo ideal. El espíritu de los habitantes era más libre, más igualitario que en toda otra parte del país, y su efecto se hacía sentir hasta en el gobierno local, que, en muchos casos, no temía dejarse acusar de socialismo por los economistas sensatos. Además, á pesar de la escasa extensión relativa de su territorio, y aunque medio siglo más joven que la «Nueva Gales», Victoria llegó á ser superior por cierto tiempo respecto del número de su población: actualmente Victoria ocupa con mucho el primer lugar por la densidad kilométrica de sus habitantes, harto mínima aún en proporción de los recursos de la comarca.

El aumento del pueblo australiano se hace con cierta lentitud, por muchas causas. Ante todo, la población obrera, velando con interés sobre el mercado del trabajo, ha logrado la adopción de leyes que ponen tales trabas á la admisión, siquiera sea temporal, de recién llegados, que ningún inmigrante puede ser aceptado sin la complacencia del oficial que preside al examen de los que llegan. Una condición, por ejemplo, es escribir al dictado cincuenta pala-

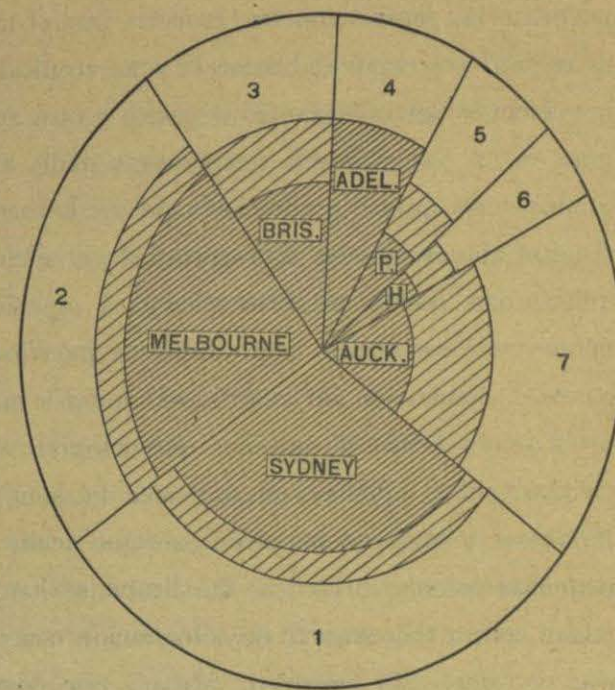
<sup>1</sup> J. A. Andrews, *Humanité Nouvelle*, Agosto 1898. — «¿ Hay alguien por aquí, cerca? Á la mesa, compañeros.»

bras en una lengua cualquiera extranjera, escogida por la autoridad. Para el blanco, la arbitrariedad decide de su desembarco ó de su regreso; para el amarillo, la prohibición es absoluta. Los extranjeros, domiciliados bajo el antiguo régimen de tolerancia, son mal vistos y suelen

desanimarse, y, por último, fieles á la idea, esencialmente errónea, de que cuantos menos habitantes haya más fácil es ganarse la vida, el blanco del nuevo mundo austral comienza á adoptar las costumbres de prudencia neomaltusiana. Sin embargo la población no puede menos de formarse donde quiera que se hagan nuevas

excitaciones al trabajo del hombre, donde la red de vías férreas penetrando á lo lejos en el interior, facilite el nacimiento de ciudades. La unión

de todos los Estados en una sola república necesita ya la construcción de dos vías transcontinentales, una que reuna las mil ramificaciones del Este á las líneas mucho menos numerosas de la Australia del Oeste (Westralia), que bordea el Océano Indico; otra que atraviese el continente, del Sud al Norte, desde Adelaida á Palmerston<sup>1</sup>. Aunque sólo fuera para ocupar las estaciones y los puestos telegráficos de



COLONIAS DE AUSTRALASIA

POBLACIÓN DE LAS CIUDADES Y DE LOS CAMPOS

El rayado estrecho corresponde á la población principal de cada colonia; el ancho, á las ciudades de segundo orden; el blanco, á los campos.

1. — Nueva Gales del Sud. — 2. Victoria. — 3. Queensland. — 4. Australia del Sud. — 5. Australia occidental. — 6. Tasmania. — 7. Nueva Zelandia.

Bris. = Brisbane. — Adel. = Adelaida. — P. = Perth, — H. = Hobart-Town. — Auck. = Auckland.

<sup>1</sup> Véase el mapa n.º 526, pág. 41.

esas vías férreas se necesita el aumento de la población, y por árida que sea la mayor parte del suelo australiano, las tierras laborables bastarían para satisfacer todavía millones de hombres, siendo verdaderamente extraño que los Australianos pongan tanto empeño en rechazar la población que debiera dirigirse hacia sus costas, principalmente las septentrionales, bañadas por el mar de Arafura. Como la región está comprendida en la zona tropical, el clima no es de los que escogen los inmigrantes ingleses, y rara vez vienen á buscar fortuna en un país donde la temperatura media alcanza 24 grados centígrados, unos quince grados más que en la madre patria. Pero si los Anglo-Sajones, que se han apropiado el suelo por derecho de conquista, han venido en corto número á aquellas hermosas comarcas, no obstante ser fértiles y provistas de puertos excelentes; si los lugares de habitación no constituyen todavía más que villas humildes, otras gentes ávidas de terrenos que colonizar serían dichosas estableciéndose sobre aquellas nuevas tierras del mundo australiano. Chinos, Japoneses y Malayos no piden más que acudir en multitud, pero las pequeñas colonias británicas del litoral se han declarado por unanimidad contra todo ensayo de colonización con esas gentes de supuesta raza inferior. Sin embargo, acabará por dominar la fuerza de las cosas, y, á pesar de las leyes dictadas por los cuerpos deliberantes de Australia, los Chinos cargan y descargan los buques en los muelles de Palmerston y roturan el terreno circundante.

Es evidente que uno de los puntos vitales para el comercio mundial está indicado en el estrecho de Torres, en el extremo oriental de esa admirable avenida cuyo extremo opuesto está guardado por Singapur. La villa de Somerset, en la punta australiana de York-Península; el mercado de Thursday Island — isla del Jueves —, en un puerto muy frecuentado por los pescadores de nácar y de holoturias, y, en fin, algunos otros grupos insulares de colonización, quizá también Port-Moresby en Nueva Guinea, tales son actualmente los únicos indicios de la Londres ó New-York futura que se espera ver surgir en ese estrecho por donde comunican los dos océanos y que termina esa maravillosa avenida de islas, de cinco á seis mil kilómetros de longitud, que comienza al Oeste por Sumatra y concluye al Este con la Papuasía. En parte alguna, sobre la redondez del

planeta, se extienden tierras más ricas y abundantes en recursos de todas clases, en cuadros más suntuosos y de mayor grandiosidad. Parece inexplicable que únicamente hayan surgido algunas villas, á la puerta triunfal del incomparable camino de los mares; es este un hecho que dentro de un siglo será difícilmente comprendido. Verdad es que los sitios próximos se han hecho peligrosísimos por los arrecifes madreporicos, sobre todo en el paso de la «Gran Barrera», pero ¿no tiene el hombre á su disposición las boyas, las balizas, los faros, la experiencia y la sagacidad de los pilotos, y, en caso necesario, los explosivos y las dragas?

Al este de ese límite natural entre la Australia propiamente dicha y el mundo oceánico, la «Bretaña mayor» está aún representada por islas muy importantes, las que constituyen la Nueva Zelanda y por el archipiélago de las Fidji. Otras potencias tienen también su parte en esta región del Pacífico: Alemania se ha apoderado de las principales islas melanesias, y, en virtud de un acuerdo (1899), ha partido las islas Samoa con los Estados Unidos, en tanto que las islas Tonga eran abandonadas á Inglaterra; juntamente con esta última potencia, Francia gobierna las Nuevas Hébridas; hace ya mucho tiempo se apoderó Francia de Nueva Caledonia, menos para hacer obra de colonización que para establecer allí sus depósitos de destierro político y penal, hasta que las colonias australianas hicieron oír sus quejas y supieron obtener que los deportados franceses fuesen dirigidos á otros climas; finalmente, inaugurando á su vez una política mundial, la Federación australiana ha obtenido del gabinete de Saint-James la protección sobre la porción inglesa de Nueva Guinea; los Papus suministrarán una mano de obra en condiciones más ventajosas que los Chinos y Japoneses.

Esas tierras oceánicas, por importantes que puedan llegar á ser un día, son poca cosa en comparación de las dos islas de Nueva Zelanda, que pueden ser consideradas en potencia como otra Inglaterra. En superficie tienen casi la misma extensión, y su población, que no llega á la quincuagésima parte de la de las islas Británicas, constituye un personal escogido en comparación del de la madre patria. Los primeros inmigrantes ingleses en 1840 escogieron un terreno que atestiguaba ya en favor de su espíritu juicioso, porque